**El espíritu, el alma y la oración**

**5**

# Lectura bíblica: 1 Ti. 2:1-3, 8-14; 2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:3-4; 4:6-7; 2 Ti. 4:4; 3:16; 1 Ti. 1:10; 4:6; 6:3; 2 Ti. 1:13; 4:3; Tit. 1:9; 2:1

## EJERCITEMOS NUESTRO ESPÍRITU MEDIANTE TODA CLASE DE ORACIÓN

Las dos epístolas dirigidas a Timoteo hablan particularmente sobre la oración y sobre recibir la palabra de Dios para el ejercicio de nuestro espíritu. 1 Timoteo 2:1-3 dice: “Exhorto, ante todo, a que se hagan peticiones, oraciones, intercesiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y sosegada en toda piedad y dignidad. Porque esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro Salvador”.

El versículo 1 habla de las diversas clases de oración, incluyendo las oraciones generales, así como las oraciones más específicas en las que se hacen peticiones por necesidades particulares. Estas oraciones se deben hacer no solamente por cierta categoría de personas, sino por todos los hombres. El versículo 2 da a entender que esta oración que hacemos por todos los hombres guarda relación con la piedad. A fin de ejercitar nuestro espíritu, tenemos que orar de muchas maneras. Efesios 6:18 dice: “Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos”. La oración y petición se tienen que hacer en el espíritu. Al orar mediante todas estas clases de oración, verdaderamente ejercitamos nuestro espíritu y ejercemos el verdadero sacerdocio.

## PARA EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU AL ORAR ES NECESARIO NEGAR LOS RAZONAMIENTOS DE NUESTRA MENTE

1 Timoteo 2:8 dice: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda”. A veces no podemos levantar nuestras manos en oración debido a que éstas no son santas –separadas para Dios–. Tener manos santas requiere de un espíritu ejercitado. La ira se halla en la parte emotiva y la contienda se halla en la mente. Para orar sin ira ni contienda, es necesario un espíritu fortalecido, y para ello hay que hacer a un lado nuestra mente y nuestras emociones naturales. Con mucha frecuencia, ejercitamos nuestra mente y nuestra parte emotiva mucho más que nuestro espíritu. Estamos acostumbrados a ello. Siempre que contendemos, cuestionamos y disputamos, ejercitamos nuestra mente. Si negamos nuestra mente natural, no seremos perturbados por nuestros razonamientos. Dejaremos de estar preocupados por cuestionamientos, y lo único que nos interesará será orar en todo lugar.

Tales cuestionamientos proceden de Satanás, la serpiente (Gn. 3:1). Satanás, propone tales cuestionamientos a la mente. La primera vez que la serpiente entró en contacto con los seres humanos fue para incitar la mente de Eva en Génesis 3. El diablo sugirió algo a Eva, esto hizo que ella ejercitara su mente. Por este motivo, el apóstol Pablo no permitía que las mujeres enseñaran con autoridad en la iglesia. En 1 Timoteo 2:8 Pablo nos dice simplemente que su deseo es que los hombres oren en todo lugar. Sin embargo, en los versículos siguientes él también da instrucciones acera de que las mujeres deben orar, pero al hacerlo incluye algunos requerimientos adicionales. El versículo 11 al 14 continúa: “La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción; no permito a la mujer enseñar, ni ejercer autoridad sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión”. Eva fue engañada porque ejercitó su mente de manera inapropiada. Las hermanas no poseen la posición requerida para enseñar al varón, \*\* pero mantienen la posición correcta para orar. - Aún esto implica el ejercicio del espíritu.

\*\* Quiero aclarar (JL Yunes) que la mujer sí tiene la capacidad, pero no la posición correcta delante de Dios para enseñar al varón. Asimilar esto representará para muchas mujeres un conflicto en su alma. Habrán de trabajarlo, ejercitando su espíritu, sometiendo su voluntad y los argumentos de su mente. Les será una difícil pero interesante experiencia.

Varios libros del Nuevo Testamento contienen enseñanzas con respecto a la oración, pero las epístolas dirigidas a Timoteo son únicas al mostrarnos su aspecto práctico y nos proveen instrucciones específicas al respecto. En 2 Timoteo 2:22 dice: “Huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor”. Este versículo nos anima a reunirnos no solamente para recibir enseñanzas o para estudiar, sino para invocar al Señor de corazón puro. Orar invocando el nombre del Señor es ejercicio para el espíritu. Para orar con toda clase de oración, intercesión, peticiones y acciones de gracias en beneficio de todos los hombres, orar en todo lugar levantando manos santas, y orar sin ira en nuestra parte emotiva, sin contienda en nuestra mente, es necesario ejercitar nuestro espíritu.

## NEGAR EL HABLAR NATURAL PARA EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU AL ORAR

Tenemos que practicar la oración conforme a las instrucciones dadas en 1 y 2 Timoteo. Si un hermano habla inspirado por los razonamientos en su mente, no debiéramos contestar con respuesta, argumento o sugerencia. Más bien, debiéramos simplemente decirle: “Hermano, oremos”. No debiéramos ejercitar nuestra mente natural para referirnos a lo dicho por él; más bien, debemos ejercitar nuestro espíritu para llevar tales asuntos al Señor en oración. Nuestro único recurso debiera ser contactar al Señor al ejercitar nuestro espíritu. Entonces, debemos seguir lo que le complace al Señor junto con aquellos que de corazón puro le invocan. A fin de ejercitar nuestro espíritu para ministrar como sacerdotes, tenemos que aprender a orar de este modo.

Que maravilloso sería que ningún hermano tenga interés en discutir, debatir, argüir o, incluso, meramente estudiar. Que, en los hogares, en el salón de reuniones o en cualquier lugar, nos interese más orar. Si todos practicamos la oración, entre nosotros se producirá el verdadero sacerdocio. Entonces veremos el mover del Señor de una manera poderosa y prevaleciente.

No debiéramos ejercitar nuestra mente natural para discutir, debatir, argüir, cuestionar o dudar. Tampoco debiéramos guardar ira en nuestra parte emotiva. Ante todo esto, podemos orar con toda clase de oraciones, peticiones, intercesiones y acciones de gracias, no solamente por una determinada categoría de personas, sino por todos los hombres. Solemos ser demasiado indiferentes con respecto a muchas cosas. ¿Cuántas veces hemos orado por el presidente de nuestra nación, por el gobernador de nuestro estado y por la situación mundial? Tenemos que orar para que tener oportunidad de llevar una vida tranquila y apacible en toda piedad. No es la idea animarlos a orar por ciertas cosas. Sino animarlos a ejercitar su espíritu.

Cuando nos reunimos, debiéramos evitar hablar demasiado. Hablar así simplemente da lugar a los chismes. Podemos aprovechar más el tiempo si oramos. Si nos descubrimos hablando sobre otras personas y familias, de inmediato deberíamos recapacitar y decidir: “No hablemos más. Oremos por ellos”. Si estamos preocupados por cierto hermano o hermana, debemos orar en lugar de hablar de ellos. Tenemos que aprender a orar. Que llegue el día en que, la iglesia, nosotros, no demos lugar al chisme ni a conversaciones vanas, sino que simplemente oremos.

Hay demasiadas conversaciones naturales entre los hijos del Señor. Alguien podría preguntar: “¿Cómo están las cosas en el trabajo?”, o “¿cómo está tal hermano?” o “¿cómo están su esposa y su suegra?”. Después de hacer todas estas preguntas, puede ser que dicha persona proceda a propagar la información obtenida. Nadie puede repetir lo que escuchó con exactitud. Como personas omitimos o añadimos algo, con lo cual, a la postre, sin desearlo, estamos propagando rumores. Entonces, la muerte fluye. Hablar de este modo trae muerte al espíritu de los santos y de la iglesia. Todos tenemos que aprender la lección de limitar un poco más nuestro hablar.

Los chismes son parecidos a los mitos. Pablo usó la palabra mitos varias veces. En 1 Timoteo 1:3-4 dice: “Como te exhorté, al irme a Macedonia, a que te quedases en Éfeso, para que mandases a algunos que no enseñen cosas diferentes, ni presten atención a mitos y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que la edificación de Dios que se funda en la fe”. Los versículos 6 y 7 del capítulo 4 dicen: “Si expones estas cosas a los hermanos, serás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido con las palabras de la fe y de la buena enseñanza que has seguido fielmente. Desecha los mitos profanos y de viejas. Ejercítate para la piedad”. En 2 Timoteo 4:4 dice: “Apartarán de la verdad el oído y se volverán a los mitos”. Tenemos que aprender a rechazar todo chisme, murmuración, mito y cuento.

Estas cosas únicamente hacen que ejercitemos nuestra mente natural, caída.

Debemos recibir estas palabras no como otra enseñanza más, sino como una comunión amorosa. Que en nuestra congregación no seamos un grupo de habladores, y menos aún murmuradores o chismosos, sino ser personas que oran. Cuando nos reunimos, dejemos atrás las vanas conversaciones y entreguémonos más efectivamente a la oración. Nos costará trabajo, pero es una manera efectiva de ejercitar nuestro espíritu. Sólo haciendo esto podremos orar en todo tiempo en el espíritu por todos los hombres con toda clase de oraciones, peticiones, intercesiones y acciones de gracias, con todos aquellos que de corazón puro invocan al Señor.

## RECIBIMOS LA PALABRA COMO EL ALIENTO DE DIOS

2 Timoteo 3:16 es una porción única, dice: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. Todas las palabras contenidas en la Biblia son el aliento divino de Dios. Esto guarda relación con el Espíritu en nuestro espíritu. La Palabra de Dios no es solo para ser enseñada, porque la mente no es suficiente. Tenemos que ejercitar nuestro espíritu si hemos de aprehender -asimilar- la Palabra, debido a que es el aliento espiritual, el aliento mismo de Dios.

Cuando leemos la Palabra, tenemos que aprender incorporarla a nuestro ser, no solamente entenderla. Es un concepto equivocado que cuando leemos la Palabra principalmente tenemos que entenderla. La palabra de Dios es alimento y bebida espiritual (Mt. 4:4; 1 P. 2:2; Jer. 15:16; Sal. 119:103; Job 23:12; Jn. 6:63). La Biblia no es principalmente para que la entendamos. Nos ha sido proporcionada por Dios para alimentar y sustentar nuestro espíritu.

## EJERCITAR NUESTRO ESPÍRITU PARA RECIBIR LAS SANAS PALABRAS Y LA SANA ENSEÑANZA

En 1 Timoteo 1:10 se hace referencia a todo aquello que “se oponga a la sana enseñanza”. Las sanas enseñanzas de la Biblia no tienen como finalidad primordial alimentar nuestra mente, sino más bien, nutrir nuestro espíritu. El versículo 6 del capítulo 4 dice: “Si expones estas cosas a los hermanos, serás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido con las palabras de la fe y de la buena enseñanza que has seguido fielmente”. Nos nutrimos con las palabras de la fe, no somos simplemente enseñados por ellas. Existe una gran diferencia entre ser enseñado por la palabra y ser nutrido por ella. Estamos demasiado acostumbrados a recibir enseñanza de la palabra, lo cual no es malo, pero tenemos que aprender a ser nutridos por la palabra de Dios. La palabra como alimento tiene que ser sana enseñanza, no solo “doctrinas” o simples enseñanzas dirigidas a la mente, como cosas que aprender. La sana enseñanza tiene como finalidad nutrir nuestro espíritu.

(Nota de JL Yunes) Estamos viviendo tiempos apremiantes. Acarreamos una inercia perniciosa de comodidad y tibieza espiritual. Es tiempo de despertar a una comunión verdaderamente espiritual. De un conocer y practicar realmente el fluir de Dios. Por eso estamos viendo estos temas, ¡aprovechemos bien el tiempo!

El versículo 3 del capítulo 6 dice: “Si alguno enseña cosas diferentes, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la enseñanza que es conforme a la piedad” … Las palabras vivas y sanas, las palabras que son buenas para nuestra salud espiritual, son las palabras de nuestro Señor Jesucristo y la enseñanza que es conforme a la piedad. Esto se relaciona con la vida, y no con el conocimiento. En el cristianismo actual, muchos hablan sobre doctrinas, mientras que otros se han inclinado por un supuesto fluir espiritual basado en una fe que obtiene todo lo que nuestra alma desea: sanidad, milagros, prosperidad, ausencia de aflicciones, etc. En realidad, hay una pobre comprensión de lo que es la vida del espíritu. Necesitamos de la palabra saludable para la vida, no solo doctrinas sólidas para nuestra mente y menos aún teología orientada a impulsar la emotividad.

2 Timoteo 1:13 dice: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y el amor que son en Cristo Jesús”, y 4:3 dice: “Vendrá tiempo cuando no soportarán la sana enseñanza, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”. Aquellos que tienen comezón de oír simplemente quieren escuchar lo que les agrada oír; no procuran la sana palabra, aquella que nutre la vida espiritual y es buena para la salud espiritual.

Tito 1:9 dice: “Retenedor de la palabra fiel, la cual es conforme a la enseñanza de los apóstoles, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que se oponen”, y 2:1 dice: “Habla lo que está de acuerdo con la sana enseñanza”. En las epístolas dirigidas a Timoteo y Tito, Pablo, recalca la importancia de las sanas palabras y la sana enseñanza. Esto se debe a que, ya desde ese tiempo abundaban personas que enseñaban cosas que parecían ser buenas pero que no eran saludables y no ministraban vida a las personas. Esto nos advierte que debemos tener cuidado con nuestro hablar. Aquello que decimos tiene que ser saludable, debe ministrar vida a los demás y debe estar lleno de nutrimento espiritual. Los mensajes que damos podrían impartir conocimiento sin nutrimento. Ellos podrían ser sólidos, mas no saludables. Peor aun, podríamos ser desviados o desviar a otros en pos de enseñanza engañosa, disfrazada de piedad. Lo que necesitamos es la sana palabra.

A fin de tener las sanas enseñanzas, tenemos que aprender a ejercitar nuestro espíritu. Si ejercitamos nuestra mente al escuchar un mensaje, es posible que admiremos dicho mensaje como palabras elocuentes con ilustraciones interesantes dados por un buen orador. Sin embargo, si ejercitamos nuestro espíritu, podemos discernir que tal elocuencia y tales ilustraciones son palabras mundanas carentes de vida. Es posible escuchar mensajes no tan elocuentes, pero en ellos encontrar la vida que nos nutre y nos ministra. Esta segunda manera de hablar no es meramente una “enseñanza sólida”, sino que es una sana palabra.

Precisamente por eso necesitamos ejercitar nuestro espíritu y no solamente nuestra mente. Cuando hemos aprendido a hacerlo, la comunión profunda con el Espíritu de Dios a través de nuestro espíritu nos comunicará vida. Entonces, cuando vayamos a las reuniones de IgHo, estaremos en condiciones de practicar la vida apropiada de iglesia, dando y recibiendo de los hermanos sanas enseñanzas. Ministrándonos vida mutuamente.

Podemos discernir y apreciar un mensaje tanto en nuestra mente como en nuestro espíritu. Si discernimos un mensaje en nuestro espíritu, no nos importará si éste es elocuente o no. Lo único que nos importará es que dicho mensaje nos ministra vida y nutrimento. Muchas veces apreciamos los mensajes solo con la mente. Sin apreciar que ellos no ministran vida. Podría haber doctrina sólida o contenido motivador, mas no saludable.

A fin de obtener algo saludable de la Biblia, tenemos que aprender a ejercitar nuestro espíritu. Siempre que leemos la Biblia, debemos asimilar aquello que hemos leído y entendido, recibiendo la palabra de Dios por medio de toda oración (Ef. 6:17-18). Si hacemos esto, recibiremos no solamente alimento para nuestra mente, sino también la sana palabra que nutre nuestro espíritu.

Como vimos en los mensajes anteriores, a fin de ejercitar nuestro espíritu, primero tenemos que tomar medidas con respecto a nuestra mente, parte emotiva, voluntad, corazón y conciencia. En segundo lugar, orar con peticiones, oraciones, intercesiones y acciones de gracias a Dios, orando por todos los hombres en todo lugar sin ira ni contienda y con todos los que de corazón puro invocan al Señor. En tercer lugar, tenemos que recibir apropiadamente la palabra de Dios, más como alimento espiritual que como conocimiento mental. Tenemos que aprender a ejercitar nuestro espíritu a fin de recibir alimento espiritual cada vez que leamos un libro, escuchemos algún mensaje o acudamos a la Palabra de Dios. Tenemos que aprender a recibir la sana palabra, la palabra que está llena de nutrimento, no solo cualquier palabra que se nos da. A lo largo de todo el día necesitamos de la sana palabra, del mismo modo en que nuestro cuerpo físico necesita de alimentos saludables.

Todos los días tenemos que ser nutridos con la palabra como nuestro alimento saludable y hacer ejercicio por medio de nuestro “caminar” espiritual (1 Ti. 4:6-7).

Es indispensable que tomemos medidas respecto a las áreas del alma que hemos venido mencionando recurrentemente. Pareciera cansado escuchar lo mismo vez tras vez. Pero romper las inercias que traemos de tantos años, acostumbrados a escuchar el clamor del viejo hombre, la vieja naturaleza que habla a través de nuestra alma no es tarea sencilla. Por eso la insistencia en ejercitar nuestro espíritu.